

CUANDO DIOS TOCA MI PUERTA *(Las visitas inesperadas de Dios)*

H. Hugo A. Montoya FMS
Escolasticado Marista /Bogotá

SAN SIMEON

San Simeón el Estilita hizo levantar una columna en la plaza de su pueblo. Luego subió a ella para vivir en lo alto, lejos del mundo de los hombres. La columna era muy elevada; sobresalía del techo de las casas y por encima de las agujas de la catedral. Y sin embargo San Simeón no se sentía cerca de Dios.

-¡Señor! -clamó en su angustia-. ¡Acércame a Ti! ... Y sucedió que con esa plegaria la columna se acortó un poco. Siguió pidiendo San Simeón que Dios lo acercara a Él, y conforme pedía eso la columna se iba haciendo más y más corta, hasta que un día el santo se encontró a ras del suelo, junto a los hombres de los cuales había querido separarse.

*Entonces San Simeón aprendió algo: **Cuanto más cerca está el hombre de su hermano, más cerca está de Dios.***

PASAN DIA A DIA

Son las cuatro de la mañana. Como todos los días la dura osadía de la vida que pasa por nuestro lado, a veces sin que nos demos cuenta, comienza en los lejanos barrios de mi ciudad.

Ciertamente son lejanos... están ubicados en lo alto de los cerros, el único lugar al que los desplazados por la cruda violencia de Colombia pueden llegar. Todos los días inician su procesión, son niños, mujeres y hombres de todas las edades que en medio de la desesperación que causa el hambre contenida por semanas, meses e incluso años bajan de los cerros a enfrentarse con la ciudad. La ciudad, esa espesa jungla de cemento que les es inhóspita, que no es su hogar, en la que no crecen las flores de los campos de su infancia... pero ellos... ellos bajan. Y de puerta en puerta y de esquina a esquina piden algo para su sustento. Son muchos los que les quieren ayudar: una panela, un poco de arroz, algún banano y un poco de carne sobrante comienzan a configurar lo que será la cena de este centenar de personas.

También llegan a mi puerta. En mi casa les atiendo con un poco de café; se sientan a esperarlo y mientras tanto la conversación da inicio, afloran los recuerdos de aquellos días en los que tenían casa y trabajo para procurarse el sustento; alguno enciende un cigarrillo y lo fuma con la pasión de quien añora regresar pronto a su mundo (“*Si me olvido de ti Jerusalén..*”). Ya servido el café me permiten entrar en su conversación, sonrían conmigo y juntos gozamos de la vida que a pesar de todo aún brilla en nuestros ojos. Terminado el café reemprenden su recorrido. “*Que Dios le pague y le dé el cielo*”... es su

forma de despedirse y de agradecer mi pequeño gesto. Yo entro en la casa mientras en mi mente retumba el sonido de sus últimas palabras: *“Que Dios le pague y le dé el cielo”*. Es la bendición del pobre, del solo, del triste, del perseguido... del bienaventurado. Es la bendición de Dios cuando toca mi puerta.

MAÑANA RESUCITAREMOS

Ya estoy listo con mi carpeta repleta de estadísticas. Hace algunos días me pidieron animar un conversatorio sobre derechos humanos en Colombia para un grupo de personas de diferentes edades. Inicé mi recolección de datos, estadísticas, fechas... ¡Hablar de derechos humanos en Colombia es hablar de muerte, de desplazamiento, de pobreza... de miseria!

Llegó el día señalado para el conversatorio. ¿Cuántos son? Pregunto para darme una idea del grupo. – Treinta.

Antes de comenzar la presentación al echar una mirada a los presentes... siento como que se me acaba el aire.. que mi carpeta es inútil, y que mi trabajo de investigación no vale nada... todos son personas de barrios populares, en guerra, que han visto la muerte de frente; muchos de ellos perseguidos por los paramilitares o la guerrilla. Son pobres que trabajan por los pobres y ahora tienen sus ojos fijados en mí... Bajo la mirada, me sudan las manos y el corazón me golpea fuerte... pero no hay otra y comienzo mi exposición con la vergüenza de quien está hablando de lo que no conoce.

Al final doña Luz Marina, tal vez quien más ha sufrido, se pone de pie y habla: “No importa lo que pueda estar pasando, nuestra lucha es la lucha del día a día, solo queremos vivir dignamente; queremos ver un mundo mejor para nuestros hijos, no queremos asistir a más entierros que anulan nuestra esperanza. Por eso oramos, porque cuando miramos la Cruz de Jesús nos damos cuenta de que EL también fue derrotado por la violencia y la injusticia. Allí es donde renace nuestra esperanza y sí hoy estamos crucificados sabemos que mañana resucitaremos”. El aplauso no se hace esperar. Yo les agradezco y mientras regreso a casa mi interior dice: *“Gracias Jesús, seguiremos vivos con esa vida que nos ofreces cuando día a día tocas nuestra puerta creando una esperanza. La esperanza de la resurrección”*.

EL PROFE RAFA

Rafa prepara su clase día a día, incluso sus compañeros profesores se sorprenden al ver su dedicación y perseverancia; para él su clase es la más importante de todas. Es el encargado de la catequesis a los jóvenes de último año en el colegio, lleva un programa bien organizado, ha pensado en todo y ha buscado la mejor manera de hacer que estos jóvenes entiendan el verdadero mensaje de Jesús.

Cómo siempre Rafa llega al salón de clase. Y como es su costumbre, al explicar el tema del día, Rafa mira el rostro de sus estudiantes y ve las escenas que se repiten día tras día: una pareja en el rincón del salón se miran de reojo y se ríen, otro se encuentra muy absorto en sus dibujos, por otro lado alguien adelanta la tarea de matemáticas, allí un joven parece

perdido en el limbo entre el estar dormido y el estar despierto. Rafa contempla y muy pocos de sus estudiantes parecen preocuparse por aquello que él pretende enseñarles. Cierra los ojos, respira profundo y continúa.

Entonces Rafa se encierra también en su mundo y mientras sigue su exposición ora: “*¿Qué estoy haciendo Señor?...Mírame, ¿no estaré acaso perdiendo el tiempo?... A ellos poco parece interesarles lo que estoy diciendo... ¿En qué fallo?... Me siento como aquella voz que clama en el desierto ...*” Suena la campana y Rafa apenado sale de su clase y se dirige con cierta desilusión al salón de profesores.

El día de la evaluación institucional se acerca; algunos profesores sienten con cierta preocupación que son sus mismos estudiantes quiénes les evalúan y temen que alguno pueda tomar en este momento represalias contra ellos. Más de una vez ya pasó... Rafa simplemente espera los resultados. El primero en recibirlos es el director. Una vez los tiene en sus manos hace llamar a Rafa.

En medio de los resultados de la prueba aparece un pequeño papel... El director felicita a Rafa por los resultados y sonriendo le entrega el papelito –“ Espero sea de su agrado”... - le dice. Entonces Rafa lo lee: “*Gracias profe Rafa por que nosotros sabemos que usted nos quiere y por que lo que nos enseña queda escrito en nuestros corazones para el resto de la vida*”.

Rafa reconoce la letra... es de Carlos Alfonso, el de las tareas de matemáticas. En este momento un rayo de luz pasa por la mente del profe: “*El Reino de los cielos se parece a un grano de mostaza. Ese grano de mostaza-esperanza, Señor, que Tú siembras en nuestra vida cuando tocas nuestra puerta.*”.

NOS TOCA LLEVAR EL RELEVO

El Hno. Gerardo era alegre y juguetón. Cuantas veces me encontraba con él no podía ocultar la admiración que me causaba y pienso que tal vez lo había notado porque en algunas ocasiones se tomó la libertad de dirigirme pequeños consejos; me hablaba de la importancia de mi trabajo con los jóvenes, de lo hermoso que es entregar la vida a Dios y de la alegría del compartir comunitario con los hermanos. Varias veces me enseñó su cruz de madera, reconocimiento por sus servicios con los Scouts, su trabajo con los jóvenes y su empeño pastoral. Amaba las montañas, aún era capaz de sorprenderse con la belleza de un arco iris y todavía conservaba fuerzas para salir de caminata con los jóvenes de los grupos. De alguna manera el Hno. Gerardo se había convertido en mi prototipo de vida. Siempre me sorprendió su sonrisa y la diligencia con que se disponía a servirme si llegaba de visita a su comunidad. Ese era el Hno. Gerardo... un hombre de Dios.

Un día llegó a mi comunidad visiblemente enfermo pero su sonrisa aún no se borraba de su rostro. Había para que consultar a un especialista. Viéndole, su enfermedad no parecía tan grave, pero cuando llegó dónde el médico éste decidió internarle de inmediato en la clínica.

Cuando me enteré pase varias veces a visitarlo; lo que parecía una simple afección respiratoria se había convertido en un complicado problema del corazón. Un día decidí

dejar mis cosas para visitarle de nuevo. Tras algunas dificultades logré pasar a la sala de cuidados intensivos. No parecía estar mal, incluso hablamos, y hasta me contó un par de chistes como era habitual en él, y entonces, sin que yo lo esperara me dijo. “*¡Animo, Dios te necesita!...*” Tras despedirme de él, ya fuera de la sala me encontré con su familia. Se veían preocupados, intenté animarles y me dirigí al colegio a continuar con mi trabajo.

Una vez llegué un hermano me recibió: “El Hno. Gerardo ha muerto”...

Mi visita fue la última; contuve el aliento y recordé las que tal vez fueron sus últimas palabras: “*Animo Dios te necesita*”. En la Eucaristía de su entierro una de sus sobrinas tomó la palabra y nos habló de Gerardo, de sus “locuras”, de su entrega, de su amor por los niños y los jóvenes y de su cruz de madera. De repente, sin que nadie lo esperara dijo: “*Y a usted, Hno. Hugo, que ahora está en medio de su juventud le toca tomar el relevo que mi tío ha dejado en sus manos*”. Yo quedé enterrado en mi silla, no podía contener la emoción y contrario a mis deseos sentí como las lágrimas corrían por mi rostro. Mi corazón estaba pequeño. El relevo del Hno. Gerardo estaba ahora en mis manos. Recordé su sonrisa y dije: “*Pero Señor, no soy más que un niño. Un niño que espera tu fuerza día a día cuando toques a mi puerta*”.

LAS VISITAS INESPERADAS DE DIOS

Existe la costumbre más o menos alimentada en nuestro subconsciente de que para acercarse a Dios se hace totalmente necesario alejarse del mundo. Cuando se hace una afirmación de este tipo veo ya enormes voces que gritan que eso no es cierto, que a nuestra oración ya hemos traído los casos de nuestra vida cotidiana, que hemos ido a aprendiendo a orar por los pobres y a descubrir la presencia amorosa de nuestro Padre en el transcurrir diario de nuestra vida. He leído cientos de artículos sobre la importancia de descubrir a Dios en nuestra experiencia cotidiana e incluso puedo hablar de almas emocionadas que ante diversos acontecimientos exclaman ardorosos: *¡He tenido una experiencia de Dios!*. Desde que esta frase fue acuñada a nuestra forma de orar andamos como desesperados buscando experiencias de Dios por todos lados, y cuando en medio de nuestro cansancio diario nos acercamos a nuestro Padre para ofrecerle nuestra jornada, nuestro trabajo de hoy... nuestro ser y nuestro hacer encontramos, muchas veces angustiados que tal vez hoy Dios no dijo nada, hoy la monotonía de nuestro día no nos ha permitido tener una verdadera “experiencia de Dios”, la rebuscamos e incluso llegamos a inventarnos una.

Seguimos buscando experiencias de Dios pero, tal vez, aún no hemos descubierto que es Dios quien nos experimenta a nosotros. No somos nosotros quiénes buscamos a Dios con desespero, es Dios quien nos busca, quien nos llama y quien viene a nuestro encuentro. El mismo pueblo de Israel se hallaba solitario en medio de la esclavitud; ellos no buscaron a Dios, fue Dios quien les buscó. La misma experiencia fue vivida por Abraham a quien no le importaba siquiera la posible existencia de un Dios diferente a los de Ur de Caldea. Los profetas no siempre buscaron a Dios e incluso en el caso de Jonás procuró esconderse. Nosotros no pedimos el Salvador, fue Dios quien lo ofreció.

Dios siempre está allí, buscándonos, llamándonos, se hace el contradicho en nuestra vida y se aparece en los momentos menos esperados, no pide permiso, él simplemente actúa, nos da su amor gratuito y pide de nosotros una respuesta gratuita. Descubrir a Dios que viene a

nuestro encuentro no es fácil, es necesario bajarse de la columna del estilita para encontrarnos con nuestra realidad y poder verlo cara a cara tal y como se hacía vida en la experiencia de Moisés.

Dios llega, sigue insistiendo en nuestra vida y nos recuerda su mandamiento supremo: *“Amarás al Señor tu Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo”*. Y nosotros descubrimos como en nuestro corazón se va dando la verdadera revolución del amor, es Dios quien nos ha invadido todos, ha llenado nuestra vida y nos ha inundado con una profunda capacidad de amar... a mi prójimo como a mí mismo... al solo, al pobre, al desamparado, al enfermo, al triste, al perdido, a mi enemigo como a mi mismo.

A fuerza de seguir “buscando experiencias de Dios” (¿?) terminaremos como San Simeón subiendo a una alta columna a la que Dios no puede llegar... Es hora de dejar que la columna caiga, es hora de poner los pies en la tierra y decir como está escrito en nuestro libro: *“Aquí estoy Señor para hacer tu voluntad”*. Dejar a Dios entrar en nuestra vida cuando toca nuestra puerta y ahí sí decir de verdad que hemos podido tener una verdadera experiencia de Dios.

¡Ese es Dios, quien me ama, quien me busca, quien me enamora... quien toca, día a día y de manera inesperada, mi puerta!.

Para la oración.

- Relee la historia de tu vida, Dios ha hecho presencia en ella, te ha escogido, hablado y acompañado... recuerda los momentos y los sentimientos, da gracias al Señor por su predilección hacia ti.
- Es Dios quien te visita a diario, ese Dios escondido que tantas veces llama a tu puerta en la mirada de aquel pobre en la calle, en aquella persona que contra toda esperanza sigue luchando, en el joven difícil y rebelde, en el hermano que te saluda por las mañanas, en quien comparte tu trabajo... Dios siempre está allí:
- ¿Cuántas personas has visto hoy? Dios te ha hablado a través de ellas ¿Qué te ha dicho? ¿Qué le has dicho?
- Deja que el Espíritu del Señor penetre en tu corazón, recuerda los diálogos, los signos de amor y de esperanza que has encontrado en tu caminar de hoy... Enuméralos; reléelos desde la fe y con amor. ¡Dios de verdad está contigo! ¡Dios ha tocado tu puerta!
- Revisa tus actitudes, ¿Cómo está mi corazón para Dios? ¿Le he dejado entrar o le cierro las puertas con mi egoísmo? ¿Cuáles son los travesaños que debo correr para que Dios de verdad abra mi puerta?

Ora con el siguiente salmo /Salmo 138

Tu me sondeas y me conoces.

Señor, tú me llegas hasta el fondo y me conoces por dentro.

Lo sé: me conoces cuando no paro o no sé que hacer.-
Mis ilusiones y deseos los entiendes como si fueran tuyos.
Todos mis productos los conoces palmo a palmo.

Tú conoces el corazón del hombre antes de que abra.

Es admirable: me tienes agarrado totalmente,
Me cubres con tu mano y me siento tuyo.
Como el grano de arena en el desierto,
como gota de agua perdida en el mar,
así me encuentro ante ti;
quiero abrazarte y mis brazos no llegan.

Me digo y no sé responderme:

¿A dónde iré que no sienta el calor de tu aliento?
Me digo: ¿a dónde escaparé
que no me encuentre con tu mirada?
Cuando escalo mi vida y me supero, allí estás tú.
Cuando me canso en el camino y me siento barro;
cuando surco los mares de mis sueños,
allí está tu mano; allí, como amigo fiel, estás tú.

Si digo cansado: que la tiniebla me cubra;

Si digo desanimado; que el día se haga noche sobre mí,
ni la tiniebla, Señor, es oscura para ti,
y la noche, Señor, es clara como el día.

Tú eres como manantial de donde brota el río.

Tu vida se ha hecho vida en mis entrañas,
me has dado el origen y quieres que camine
hacia la meta que no es otra sino tú.

Soy tuyo: sólo tu amor da respuesta a mis preguntas.

Señor, me conoces hasta el fondo de mi alma,
nada se te esconde de cuanto soy en lo más profundo.
Yo me pregunto si el sentido de mi vida
puede darse si me faltas tú.

Dios mío, sondéame para conocer mi corazón,

ponme a prueba para conocer mis sentimientos,
mira si mi camino se desvía. guíame por el camino nuevo que has abierto ante mí
Que haga de mi vida un vivir para ti.